

Carles Casajuana

# Si estoy chalado, mejor

En las dos primeras frases de la crítica de *The Dean's December* que publicó en *The New Yorker*, John Updike resume de manera magistral uno de los rasgos más característicos de la obra de Saul Bellow, cuyo centenario conmemoramos estos días: “El gran aliciente de *The Dean's December* es que es una novela de Saul Bellow, y por tanto posee ingenio, viveza, ternura, pensamiento valiente, misticismo terrenal y una humanidad que no puede ser más generosa, inquisitiva y humorística. El inconveniente, o la parte no tan buena, es que es una novela sobre Saul Bellow, de una forma incómoda e indirecta pero insoslayable”.

Son dos frases que, con las variaciones oportunas, se pueden aplicar a otros escritores, pintores, cineastas y creadores de todo tipo. Pero con una condición: que sean grandes de verdad. Entre la picaresca, la sensualidad y el mundo de las ideas, a lo largo de catorce novelas y de tres colecciones de cuentos, Saul Bellow nunca deja de narrar, a veces de forma indirecta y otras de manera más transparente, su propia vida, la existencia de un hijo de emigrantes judíos rusos que llega en la adolescencia a un barrio popular de Chicago en la época de la Gran Depresión y que lucha por integrarse en la sociedad norteamericana y abrirse camino en los círculos académicos e intelectuales. Los inviernos de Chicago, la vida cotidiana en las calles de la ciudad, los matrimonios, los divorcios, la pasión por los libros, las angustias y las miserias del *establishment* cultural, componen uno de los mosaicos más apasionantes que ha producido la literatura norteamericana del siglo XX.

Haciendo a la vez de juez y parte, Saul Bellow –uno de los autores norteamericanos, junto con Philip Roth y John Updike, que más horas de placer lector me han proporcionado– poseía un gran talento

para convertir en material novelesco todo lo que le rodeaba, y de esto no se escaparon las personas más cercanas, algunas de las cuales no le perdonaron nunca. Fue un hombre con facetas poco atractivas, narcisista, irascible, y un intelectual controvertido, con unas ideas cada vez más conservadoras que irritaban a muchos, políticamente incorrecto y siempre desafiante. Pero sus novelas, más vivas que nunca, siguen atrapando a nuevas generaciones de lectores.



IGNOT

Saul Bellow poseía un gran talento para convertir en material novelesco todo lo que le rodeaba

La identidad y la integración de los inmigrantes judíos es uno de sus grandes temas. Nabokov tildó una vez a la tribu de escritores encabezada por Saul Bellow y Philip Roth –que también convierte la identidad judía en uno de los ejes de su obra– de “novelistas psiquiátricos”, una etiqueta no muy halagadora pero que no se puede decir que sea inexacta. La obra de Bellow está poblada de judíos neuróticos que no acaban de encontrar el lugar que les corresponde en la sociedad en la

y ya bostezo. Papá te tendría que haber pegado como me pegó a mí. Te habría despertado”.

A lo largo de toda su obra, Bellow luchó por ensamblar lo que aprendió de adolescente en la universidad de la vida –su gran escuela– con la cultura humanista, esa cultura que –enseñándola, ejerciéndola, exhibiéndola– muchos convertían en una herramienta para abrirse camino y obtener poder en la jungla académica, pero que para sus personajes es siempre mucho más que eso, es una religión, una moral. Son personajes estafalarios, ansiosos, sin sentido práctico, enormemente cultos e inteligentes, tiernos, egocéntricos. Todos ellos se pelean incansablemente con lo que el protagonista de *The Dean's December*, Albert Corde, llama “las locuras a gran escala del siglo XX”.

Lo que mueve de verdad a los protagonistas de sus novelas –desde Augie March hasta Abe Ravelstein pasando por Moses Herzog, el personaje central de su obra más famosa, *Herzog*, que comienza con la memorable frase: “Si estoy chalado, mejor”– es la búsqueda intelectual, y eso es también lo que Bellow espera que mueva a sus lectores. ¿Qué es lo que hace que, a pesar de este rasgo en apariencia tan disuasorio para muchos, sus libros hayan interesado a tanta gente? Su mirada, una mirada capaz de captar todo tipo de matices y contradicciones, llena de un humor explosivo, corrosivo pero siempre empática y comprensiva.

Una mirada cargada de pasión que no rehúye los ángulos más escabrosos ni las realidades más crudas, muy bien retratada por una frase de Eugene Henderson, el protagonista de *Henderson, el rey de la lluvia*: “Yo adoro verdaderamente la vida, y cuando no le llego a la cara, le planto un beso más abajo. Los que me entienden no necesitan más explicaciones”.

Juan-José López Burniol

# Le quitaron la palabra

Cuando, hace unas semanas, mi amigo Ramón García-Bragado Acín me hizo llegar al despacho un ejemplar del libro *Ramón Acín toma la palabra. Edición anotada de los escritos (1913-1936)*, confieso que no sabía quién era Acín. “Aragonés por el apellido”, comenté; y añadí. “No sé por qué, pero lo asocio a Fermín Galán”. Luego, al hojear el libro, comprobé que esta asociación estaba justificada, pues se lee en el texto que el capitán Fermín Galán frecuentaba el hogar de Ramón Acín en sus desplazamientos conspirativos a Huesca, desde Jaca, para organizar la sublevación republicana de diciembre de 1930. “Se enfada si no voy a su casa”, confiesa Galán, y añade: “Me maravillo cada vez que voy a casa de Acín. Son ideales él, su mujer y sus niñas. ¡Su casa entera! ¡Acín ha encontrado su compañera! ¡Ha tenido suerte!”. Pero ¿quién era Ramón Acín?

Era uno de los cinco hijos –dos muertos de niños– de una familia arquetípica de la clase media provinciana, concretamente de Huesca, no rica pero sí asentada, con la peculiaridad de que había un piano en casa, lo que muestra cierta sensibilidad artística. Padre ingeniero y madre maestra fomentaron su afición al dibujo desde niño. Durante el bachillerato se hizo amigo para siempre de quien sería el escritor anarquista Felipe Alaiz. Inició la carrera de Químicas. Opositó

sin éxito a delineante de obras públicas. Comenzó entonces su colaboración gráfica en diversos periódicos y, en 1913, fundó en Barcelona, con Ángel Samblancat –anarquista, también de origen aragonés–, el semanario *La Ira*. El primer número inserta una viñeta de Acín y en el interior aparece su primer artículo, “Id vosotros”, en contra de la guerra de Marruecos (“Id vosotros, soldados de cuota, a Marruecos; sentad plaza, jóvenes hijos de capitalistas, sportmans adinerados...”). El segundo número conmemora el cuarto aniversario de la Setmana Tràgica con un artículo de Acín titulado “No riáis”, dura crítica a los representantes de la Iglesia. El gobernador civil de Barcelona cerró la revista y encarceló a sus redactores. A partir de este momento, Acín compaginó hasta el final su faceta de dibujante –y esporádico escultor– con la de articulista; y consolidó su posición profesional ganando la plaza de titular de dibujo de la Escuela Normal de Huesca.

Una vida absolutamente homologable a tantas otras, pero en la que lo atípico fue su permanente y activa adhesión al ideario progresista. ¿Anarquista blanco? Sería poco decir: el anarquismo es como un cajón de sastre en el que, bajo el común denominador de la crítica radical al Estado, caben posturas y matices muy diversos. Más vale, por ello, describir el ideario de Acín dejando constancia de su fe optimista en la mejora progresiva

de las condiciones materiales y espirituales de la humanidad; de su convicción acerca de la existencia de “una moral universal y comprensiva que consiste en el cariño a la naturaleza y el respeto al individuo y a la especie”; de su aspiración a “un mundo de tolerancia y amistad”; de su pacifismo ideal; de su posición internacionalista y federalista, en la que censura y fiscaliza “el centralismo” y “la matriz cansada de la vieja España”, pero no es menos duro con el regionalismo y auto-

Recordar hoy a Ramón Acín, fusilado en agosto de 1936, va más allá de recuperar el significado de su compromiso

nomismo de raigambre conservadora, porque el amor a la propia tierra es incompatible con que se prive de libertad a quienes la habitan, razón por la que postula “un federalismo fuerte”. En resumen, el pensamiento de Acín se concreta –según José Luis Ledesma– en estas palabras: federalista, internacionalista, antibelicista, anticlerical, crítico del caciquismo y partidario de sustituir el sistema de la Restauración por otro más democrático.

En defensa de estas ideas y a la búsqueda

siempre de la ejemplaridad personal en todos los órdenes de la vida, aceptó el compromiso. Participó en la sublevación de Jaca, pasó varias veces por la cárcel y, cuando la suerte le sonrió –le tocó el gordo en el sorteo de Navidad de 1932–, empleó parte del dinero ganado en la financiación de la película *Tierra sin pan*, de Luis Buñuel, testimonio tremendo de la comarca de Las Hurdes a mediados del siglo pasado. Pero pronto llegó su final. La noche del 6 de agosto de 1936 le quitaron la palabra. Fue asesinado por un pelotón de fusilamiento. No sólo por su filiación política, sino por el papel civil y ético que representaba. El 23 del mismo agosto fue también fusilada su mujer, Conchita Monrás, seguramente sólo por ser como era: libre. No todo acabó para ellos: tenían dos hijas, que han contribuido a preservar su memoria.

Recordar hoy a Ramón Acín va más allá de recuperar el significado de su compromiso, insertándolo en las circunstancias de su tiempo. Contribuye también a defender el valor de la palabra, que todos sin excepción debemos tomar para decir –y repetir una y otra vez– en público lo mismo que decimos en privado. Una palabra dicha siempre con espíritu de concordia, voluntad de pacto y predisposición transaccional. Una palabra no castrada por un sentido común mal entendido. Una palabra libre.●